

TESTIMONIO

Antes de que me olvide. Memorias de Gerardo Chávez

María Laura Hernández de Agüero

Tendría yo nueve o quizás diez años cuando pasaba las tardes en el taller de don Víctor, el carpintero de Paiján, quien se encargaba de fabricar los cajones de muerto. Recuerdo que escribía el nombre de los finados con purpurina dorada y plateada. Y también fabricaba carritos de madera intentando reemplazar los juguetes más sofisticados que tenían otros niños. Me gustaba trabajar con la madera; encontraba gozo en el simple hecho de pasar el cepillo y sentir ese olor vegetal que revivo cada vez que utilizo la trementina para disolver el óleo. Pienso que de no haber sido pintor probablemente hubiera sido carpintero.

He cumplido ochenta años y quisiera seguir trabajando hasta los cien. Siento que aún me queda mucho por hacer, por vivir. Mi horizonte está todavía muy lejano. No le tengo miedo a la muerte. Le temo a la inactividad y al olvido. Y ante el olvido, que no tardará en llegar, voy comprendiendo la importancia de la memoria. La memoria es nuestra vida. Sin ella no somos nada.

A medida que van pasando los años, ciertos recuerdos se van haciendo más y más presentes. Vuelvo a las primeras emociones,

las primeras sensaciones. Recuerdo nítidamente esa mañana cuando a los cinco o seis años me bañaba con otros niños al borde de una acequia. De pronto, un repunte de agua cargada de barro me arrastró. Todavía veo a mi hermana Teresa tirándose al agua vestida, gritando desesperada por ayuda. La vuelvo a ver aferrada a un tronco con una mano y con la otra arrastrándome de los pelos hacia la orilla. Esta fue la segunda vez que me salvó de morir. La primera fue a los siete meses de nacido a causa de una tos ferina que se agravó, y el médico le dijo a mi madre que estaba desahuciado. Teresa, que era muy devota, me llevaba todos los días en sus brazos a la iglesia de Santa Rosa y le rogaba a la santa que me curara. No sé si los rezos de mi hermana me salvaron, pero volví a la vida.

Mi madre murió cuando yo tenía cinco años, pero su recuerdo siempre me acompaña. Aún puedo evocar esos instantes cuando en el camino que bajaba del cementerio a mi casa yo caminaba a su lado tratando de atrapar un mechón de su pelo que llevaba largo hasta la cintura y ondeaba con el viento rozándome la cara. Y ella, con un gesto rápido, lo recogía como un moño a la altura de la nuca. Me sentía protegido y feliz, pero esa felicidad fue corta.

Recuerdo ese dulce, dulcísimo yaraví que cantaba cuando ya estaba muy enferma:

Ya me voy a una tierra lejana,
a un país donde nadie me vea,
donde nadie sepa que yo muera,
donde nadie por mí llorara.

Ay, qué lejos me lleva el destino,
como hoja que el viento arrebató,
ay, de mí tú no sabes, ingrata,
cómo sufre este fiel corazón.

Cuántas veces escuché a Teresa contar la tristeza que le producía ver a ese niño angustiado preguntándole a su mamá una y otra vez: “¿Por qué lloras cholita?”.

En esa época no se hablaba del cáncer. En las familias pobres a las enfermedades incurables se les llamaba “daño”. Después del

nacimiento de mi último hermano, mi mamá fue operada tres veces sin saber cuál era el origen de su enfermedad. Unos días antes de morir tuvo un derrame interno. Dicen que la herida de la operación se le abrió al chocar con la punta de una mesa mientras protegía a mi hermano mayor que era aprista y, como muchos apristas, fue perseguido durante el gobierno de Odría.

Ella murió una tarde de diciembre de 1944. Recuerdo que todos se movían de una manera extraña en la casa. Escucho los pasos sigilosos de mis tíos, el susurro de sus voces. Y después los llantos de mis tías. A un lado de la habitación veo a mi tío Alfredo Merino Adrianzén consolando a mi hermana Teresa. Al día siguiente, el olor de las flores invadía cada habitación de la casa y cuenta mi hermana que yo, parado en la puerta, decidía qué niño entraba al velorio y quién no. Al fondo de la sala, un señor vestido de negro me observaba; tenía porte gallardo y llevaba un sombrero como los caballeros educados. Era Pedro Chávez, mi padre, que venía de Paiján donde vivía con su otro compromiso. No se parecía a mí; tenía piel blanca y ojos claros. De pronto se acercó y me tocó la cabeza. Es todo lo que recuerdo de mi primer encuentro con él.

Historias de familia

Siempre escuché decir que mi madre, Estela López, fue muy querida. Una mujer de carácter. Una luchadora. Ella lideraba nuestro barrio; organizaba, cada año, las procesiones y las fiestas de carnaval, y aunque por entonces la vida de las mujeres estaba limitada al trabajo doméstico participó activamente en política. Como militante del partido aprista Estela asumió roles de liderazgo encargándose de la repartición de víveres y la organización de los comedores populares en la Casa del Pueblo. Mi familia materna era aprista hasta la médula, y mi mamá, amiga personal de Haya de la Torre. Los tíos contaban que mi casa era visitada por líderes del partido como “Cachorro” Seoane y Ramiro Priale. Recuerdo que en una pared de la sala estaban colgados el retrato del Corazón de Jesús y la foto de Víctor Raúl.

A pesar de su fortaleza, mi madre tenía sus angustias. Vivía preocupada por Miguel, su hermano menor, un torero muy famoso al que llamaban “El Trujillanito”. Cada vez que Miguel entraba al ruedo ella se la pasaba rezando en un altarcito que había levantado en la sala. Sufría también por Antonio, mi hermano mayor, quien estuvo a punto de ser fusilado en el paredón en las famosas revueltas sociales de 1932, y durante algunos años fue perseguido por las fuerzas del orden. Pero su gran pena fue tener que soportar que mi padre, a quien amó desde su adolescencia, viva con otra mujer. Pedro Chávez tenía fama de mujeriego y mis abuelos maternos trataron de alejarlo de su hija, pero Estela lo siguió viendo y tuvieron ocho hijos sin estar casados. Años más tarde, mi padre embaraza a Josefina, una chiquilla de diecisiete años que era amiga de mi mamá y hacía de correo entre los dos. El padre de Josefina lo amenazó con mandarlo a la cárcel si no se comprometía con su hija. Pedro y Josefina se casaron y se fueron a vivir a Paiján, pero al cabo de un tiempo mis padres retomaron sus encuentros y tuvieron tres hijos más. Yo soy el octavo de esos once hijos.

A pesar de ser trujillano y compañero de carpeta de Víctor Raúl en el Seminario San Carlos y San Marcelo, mi padre nunca simpatizó con el Apra. Perteneció a una familia de clase media acomodada que no veía con buenos ojos la lucha popular del aprismo. Mis abuelos paternos tenían tierras en Cajamarca y dejaron a sus hijos una herencia considerable que estos despilfarraron en pocos años. Cuando mi abuelo muere, mi papá asume el rol de hermano mayor responsable y convence a dos de sus hermanos de seguirlo a Paiján, donde las tierras eran fértiles y se podía hacer dinero. A quien no pudo convencer fue a Gerardo, su hermano más querido.

Gerardo Chávez Padía era guitarrista, bohemio y seductor. A mediados de los años treinta estableció el primer grifo gasolinero en Trujillo, situado a pocos metros de la plaza de armas. Este tío murió joven y, en su recuerdo, mi padre le pone Gerardo al segundo hijo que tuvo con Josefina, quien también muere seis meses antes de que yo naciera. Mi madre, por amor, acepta ponerme el mismo nombre de ese hijo que no fue suyo. Por años tuve la extraña sensación de haber sido un sustituto, una necesidad de mantener vivos a esos dos muertos a través de mí. Quizás por eso

mi madrastra nunca me llamó por mi nombre. Me llamaba duende o piojo gringo —porque tenía el pelo rojizo—, pero jamás Gerardo.

Se acerca la Navidad (1942)

Ya muerta mi madre, Teresa se hizo cargo de mí y de Fernando, cuatro años mayor que yo; mientras mi hermanito Adolfo, de siete meses, se quedó a cargo de una de mis tías. Teresa a duras penas tenía quince años y trabajaba en una farmacia que se llamaba La Española, pero lo poco que ganaba no alcanzaba para cubrir nuestras necesidades. Y así, mi padre decide que nos mudemos a vivir con él a Paiján.

Recuerdo que viajamos en el camión paijanero de don Firpo, uno con doble caseta de madera y que durante mis años en Paiján vi todas las madrugadas salir rumbo a los pueblos vecinos cargando leña y volver al atardecer trayendo carne y abarrotes de la hacienda Casa Grande. En el frontis se leía “El Calato”. Todos los camiones de la carretera al norte tenían nombre.

Fernando y yo llegamos acompañados de Teresa. Los tres íbamos bien vestidos; yo llevaba un saquito que mi hermana me había confeccionado. Tan pronto llegamos a la casa de mi padre, vi al fondo, en el comedor, a una señora alta, delgada, con aires de superioridad que se acercaba con los ojos fijos en mí. Y de pronto sentí un jalón de orejas tan fuerte que mis pies se elevaron del suelo: “Este no es un Chávez”, gritó Josefina, al constatar que no tenía ni por asomo los rasgos finos de mi padre. Y acto seguido, se puso a revisar los granos que tenía en la cabeza; los que mi madre acostumbraba a curarme con el famoso Sulfanil. Pobre Teresa. La veo a un lado de la sala con su vestido floreado, llorando por tener que dejar a sus hermanitos con esa señora que le inspiraba desconfianza.

Mi padre era un hombre justo, pero con sus hijos no era cariñoso ni simpático. Por entonces se creía que los padres debían ser distantes, por esa mezcla de machismo y la creencia tan arraigada de que había que tener “mano dura” para hacerlos más hombres. Sin embargo, era encantador con el resto de la gente, capaz de envolver a todos con su facilidad de palabra. Y, además, inspiraba

respeto. Jamás lo vi actuar de manera servil con quienes tenían poder y autoridad. Con el hombre de campo o con el hacendado se relacionaba con la misma seguridad.

Siendo mi padre muy estricto, jamás nos maltrató. Quien nos maltrataba era su esposa. Josefina era celosa, intrigante, desconfiada. Había en ella un cierto deseo de venganza porque sabía que su marido y mi madre seguían manteniendo una relación y procreando hijos. Fernando y yo éramos los niños de los mandados. Josefina nos obligaba a ir al mercado a las cinco de la madrugada para hacer cola en épocas de escasez de carne. Era cruel con nosotros. Un buen día Fernando, que ya tenía diez años, se dio cuenta de que esa mujer descargaba su rabia conmigo y cansado de verme llorar me dice: “Hermanito, yo te voy a mandar a Trujillo a la casa de la abuelita. Cuando llegues a la estación vas a seguir la línea del tren y cuando pases el cementerio vas contar con tus dedos un, dos, tres, y cuando llegues a la tercera casa vas a encontrar en la puerta a una viejita sentada que para tejiendo. Es nuestra abuelita. Y ahí mismo le cuentas todo lo que la señora Josefina te hace”.

Y me puso en el camión paijanero que salía muy temprano y llegaba a Trujillo a mediodía. Seguí las instrucciones de mi hermano y llegué a casa de la abuela, que me recibió asustada de verme aparecer desde tan lejos, solito, con solo siete años.

En Paiján mi padre advirtió mi ausencia y pensó que me había ahogado en la acequia como tantos niños que desaparecían cuando la marea subía. Todos en el pueblo ayudaron a buscar mi cuerpo hasta que llegó la noticia de que me habían encontrado en Trujillo. Mi abuela, que no tenía los medios para mantener una boca más, lo mandó llamar por teléfono. Hacer una llamada telefónica era toda una odisea por entonces. Mi padre le pidió a mi hermano Ángel, a quien yo no conocía, que me lleve de regreso a Paiján. Fernando fue brutalmente castigado por Josefina. Todavía recuerdo nuestros llantos esa noche. Y a mi hermano para consolarme, señalando la estrella más luminosa, diciendo que mi mamá nos cuidaba desde ahí. Teresa siempre decía que mi madre nos miraba desde el cielo. A los pocos días Fernando huye de Paiján. Me pidió guardar silencio y juró regresar por mí. Pero nunca más volvió.

Construyendo un mundo

No puedo decir que tuve una niñez triste. También tuve momentos felices. Un niño huérfano también juega, ríe y teje fantasías. Las noches de Paiján estaban tocadas por una cierta magia. A mí nadie me mandaba a la cama. A veces nos dejaban dormir en la calle porque en los pueblos del norte hacía mucho calor y las casas eran muy cerradas. En el barrio la vida era comunitaria, nos cuidaba cualquier vecina. A las diez de la noche, cuando los faroles de querosene se apagaban, la calle quedaba en penumbra y entonces los niños nos juntábamos para contarnos historias sobre del diablo. En la niñez las fantasías pueden ser oscuras y bellas al mismo tiempo porque toman las formas que la imaginación alimenta. Cada uno tenía su propia visión del diablo. A veces nos aguantábamos el sueño hasta la medianoche para verlo porque decían que aparecía montado en un caballo plateado echando fuego por la boca. El diablo famoso no llegó nunca, pero cada uno juraba haberlo visto. Las niñas asustadas se acurrucaban a nuestro lado y ahí estaba la chiquita que te gustaba, pegada a ti. Sentir la calidez de su cuerpo era algo lindo. Así comenzaron nuestros primeros juegos amorosos.

En los juegos de mi niñez reconstruyo el mundo. En Paiján yo tenía tres amigos: Chanchón, Coco y Chaleco. Lo llamábamos Chaleco porque siempre llevaba puesto un chaleco de su abuelo que le chorreaba por el cuerpo flaco y desnutrido. Éramos tres amigos unidos en las palomilladas. Nos encantaba jugar al circo. Coco y Chanchón eran los acróbatas, Chaleco y yo los payasos. A los nueve años Chaleco fue aplastado contra la pared por un camión de carga pesada. Imagino ese cuerpo frágil apagarse en un instante sin que nadie pudiera hacer nada por salvarlo.

De niño ya estaba familiarizado con la muerte. Me había acostumbrado a las pérdidas. Coco murió a los diez años, atravesado por unas cañas que servían de quinchas junto a la acequia vecina de la huerta de su abuelo. Se cayó de un árbol de mangos por jugar a Tarzán. Quedó Chanchón, que era huérfano como yo, pero él también desapareció un buen día. Creo que se lo llevaron a vivir a otro lado.

En mi infancia aprendí a construir zonas de soledad. La ausencia de mi madre y la familia dispersa fue dura, pero me permi-

tieron esos momentos de libertad que todo niño necesita para descubrir el mundo y construir el propio. Me gustaba trabajar, ingeniármelas para ganar unos centavos. Mi padre nos tenía prohibido trabajar porque nunca nos faltó casa y alimento, y porque además tenía su orgullo, pero igual yo me cachueleaba a sus espaldas. Recuerdo que compraba tres jabones por un sol y luego vendía cada uno a cincuenta céntimos. Si algún dueño de camión necesitaba un ayudante para cargar leña, yo estaba ahí, llevando bultos de un lado al otro. También aprendí a retocar las placas de los autos y camiones que hacían la ruta de la carretera norte. Con una brocha delgada dibujaba minuciosamente los números. Pienso que ese fue mi primer acercamiento a la pintura.

Corneta de hojalata

Podría decir que era un niño emprendedor y con una enorme voluntad. Los días sábados ayudaba a don Serapio Losada a fabricar helados de coco y vainilla. Recuerdo que hervíamos la leche con el azúcar en una fogata de leña con fogón de adobe y, una vez congelados, me montaba en un burrito y recorría los caseríos más cercanos a Paiján tocando mi corneta de hojalata. Recuerdo que uno de esos días me sorprendió la caída del sol y me perdí por los campos de Chumpón. Los helados se derritieron, y el sol, que era mi brújula, se había ocultado. Lloraba y rogaba a Dios, hasta que la voz lejana de un viejo arreando su burro me salvó. El viejo me indicó el camino a casa que estaba ahí nomás ante mis ojos.

A los diez años ya me sentía libre y autónomo. Yo vendía los carritos de madera que fabricaba en el taller de don Víctor con el afán de ahorrar para las Fiestas Patrias y subir a los carruseles y las sillas voladoras, pero nunca llegué a reunir el dinero suficiente para cumplir mi sueño. Será por eso que después, siendo un artista reconocido, comencé a coleccionar juguetes de manera compulsiva. Tanto en el Perú como en Europa sigo recorriendo anticuarios comprando caballitos de madera, muñecos, carruseles, tambores, carritos de hojalata... Actualmente tengo una colección de tres mil piezas. Parte de ella se encuentra en Trujillo, en una antigua casona que compré en 1995, donde fundé el Museo del Juguete.

Me acuerdo de Paiján, de sus callecitas de tierra y la plaza empedrada donde a la sombra de cuatro enormes ficus los vecinos se reunían en las tardes a conversar. Las casas eran oscuras por dentro, y por eso la vida estaba en las calles. Como todas las casas, la mía estaba hecha de quincha y adobe. Recuerdo que había una salita y un comedor amplio con unas teatinas en el techo y unas vigas de algarrobo atravesadas a lo ancho. Al fondo de la casa había un corral. Las amas de casa cuidaban los huevos más que a sus propios hijos porque los huevos desaparecían. A veces los chicos los robaban para venderlos en el mercado. No recuerdo haber robado huevos. Yo robaba frutas en las huertas vecinas y también las vendía en el mercado.

Fui el típico palomilla. Casi siempre me gastaba parte del dinero de los mandados comprando dulces y cachivaches. Josefina me castigaba con frecuencia porque le mentía, pero no podía conmigo. Había aprendido a sobrevivir a la crueldad de los adultos. Recuerdo cuando un día, en complicidad con Lina, mi hermana por el lado de mi padre, extrajimos con un gancho el dinero de la alcancía de una tía. En castigo, mi hermano Jorge me colgó amarrado de los pies a una de las vigas de algarrobo del comedor. Todas las figuritas y etiquetas de chocolate que guardaba en mi bolsillo se iban cayendo con el chasquido de cada correa. Yo gritaba más por el dolor de perder mis figuritas que por los golpes. Muchos años después hago la obra *Boulevard* (1990), donde revivo la sensación de ver las casas que se caían ingravidas como hojas de otoño.

La capacidad de crear llega solo con el don de la observación. El artista lo observa todo y descubre hasta en las cosas más simples elementos que vale la pena tomar en cuenta. Constantemente revivo imágenes y sensaciones que siguen siendo mi refugio y el material de mis cuadros: un trompo saltando en una piedra, los carruseles de las ferias, un perro mostrándome sus fauces. Pocas veces pinto un perro que no muestre los dientes. Esto tiene que ver con lo que sentí un día, a los diez años, cuando saliendo del colegio pisé la cola de un perro grande que, furioso, me atacó. Todavía puedo ver sus dientes tratando de clavarse en mi pierna. Años más tarde, transfiero ese sentimiento de vulnerabilidad en una de mis obras de gran formato que llamé *Animal de medianoche*. Generalmente, en mis cuadros el perro va asociado a la violencia.

Juanita

Juanita era la chica del servicio que trabajaba en casa del hermano de mi madrastra. Con ella tuve mi primer contacto con una mujer, y el despertar del instinto sexual. Ella tenía dieciséis años; cuatro más que yo. Ya era una mujercita, pero mi madrastra parecía no advertirlo ni percibir el riesgo que encerraba obligarnos a dormir juntos en la misma cama. En casa no había camas suficientes y Juanita se quedaba cuando había que madrugar para hacer la cola en el mercado los días de escasez de carne. Una de esas noches, siento la pierna de Juanita frotando la mía. Pensé que me estaba despertando. Pero la segunda noche comprendí que me estaba buscando. A mis once años ya tenía curiosidad por el sexo y el roce insistente de su pierna me encendió. Comencé a frotar mi cuerpo con el suyo, mi respiración comenzó a agitarse, mi sexo se puso erecto. No sabía cómo manejar la situación hasta que me dijo:

—Súbete encima mío. Y no hables.

De pronto me encontré montado sobre Juanita, y mientras se desnudaba me daba instrucciones rápidas. Y yo me movía frenéticamente sobre ella tratando de alcanzar su boca para besarla, pero ella me la tapaba para que no grite. Y así fue como a los once años perdí la inocencia y descubrí el deseo carnal.

Ya con mis amigos veníamos hablando hace un tiempo de sexo y de cómo se preña a las mujeres. Yo comenzaba a preocuparme y a guardar silencio cada vez que tocaban el tema. Comencé a observar la barriga de Juanita y la veía crecer. Imaginaba el castigo que recibiría si la embarazaba. Le temía más a Josefina que a mi padre, que en cuestiones de sexo no tenía muchos prejuicios. Así es que, para salvarme, busqué a quién echarle la culpa por ese supuesto embarazo. El mayor de mis amigos se llamaba Alberto, así que decidí inventarle que la Juanita andaba medio templada de él:

—Oye, Alberto, ¿sabes que la Juanita quiere contigo?

—¡¡Aaaanda loco!!

Esto despertó su interés y, al poco tiempo, me entero de que Alberto y Juanita andaban revolcándose en la huerta. Recuerdo

haber sentido algo de celos, pero me quité un peso de encima. Y súbitamente la barriga de Juanita dejó de crecer.

El mal se acerca a la casa

A mi padre le gustaba organizar fiestas en casa y había una vitrola RCA Víctor muy antigua que tenía una manivela a la que yo me pasaba horas haciendo girar para que la gente baile. Al principio me sentía importante con tal encargo y, además, me aprendía todos los vales, y los cantaba mientras le daba a la manivela. Pero con el tiempo me comencé a cansar. Recuerdo la letra de uno de ellos porque estaba muy de moda por entonces:

Si los lazos que nos unen se llegaran a romper,
que se acabe ahorita mismo
la existencia de mi ser...

Y en una de esas fiestas ocurrió un suceso extraordinario: Josefina se atoró con el hueso de un pescado del escabeche que ella misma había preparado. El hueso se enconó y se le infectó la garganta. La llevaron a Trujillo varias veces a tratarla, pero la infección volvía y su estado se agravó con el tiempo. Al principio se pensaba que tenía tisis, pero es probable que se tratara de un cáncer a la garganta que se hizo evidente con el incidente del almuerzo. Después de casi dos años de idas y venidas a Trujillo Josefina se fue debilitando y dejó de comer. Al final solo tomaba jugo de granadilla. A mis hermanos menores los llevaron cerca del mar para que no se contagien y a mí me dejaron solo a su cuidado. Era el único niño que se acercaba a ella. Yo era su bastón para ir al baño. Uno de mis tíos enfrentó a mi padre reprochándole que me dejara solo con una mujer enferma, pero este andaba metido en sus asuntos y no le dio mayor importancia.

Con mi madrastra ya muy mal, mi padre se muda con ella a la casa del hijo mayor porque era más grande y cómoda. Yo me quedo solo en la nuestra, atento a cualquier mandado. Vivir solo esos meses fue duro, pero me acostumbré. Cuando volvía a casa

al anochecer entraba corriendo sin encender la vela, me metía de frente a la cama y cubría mi cabeza con la frazada, hasta que el sueño me vencía.

Cuando muere Josefina lloré desconsoladamente. No porque me doliera su ausencia, sino porque todos lloraban, y uno se contagia. En los velorios de los pueblos el llanto se da como una suerte de catarsis colectiva. Se llora también por otras pérdidas, por otras penas que se van acumulando en la memoria y en el alma.

Pintor de puertas

Un día domingo ocurre un acontecimiento que cambió mi vida para siempre. Yo pintaba el portón de la casa de una señora de apellido Cáceres. Era una mujer alta, distinguida, que llevaba una mantilla negra, y al regresar de misa pasa a mi lado y palmeándome la espalda me dice algo que hizo presentir mi destino de artista:

—Ay, hijo. Tú serás un gran escultor.

La palabra *escultor* despertó mi curiosidad. No conocía su significado y se lo pregunté a mi profesor. Él me respondió que escultor era el que hacía las lápidas, pero también las estatuas de piedra. Y llevado por el deseo de conocer, busqué en el diccionario y me enteré de quién era Miguel Ángel.

Nunca hubiera imaginado, hasta entonces, que un artista era también un hombre de teatro, de música, de danza, de pintura. Yo pensaba que era únicamente la gente que trabajaba en los circos. Soñaba con ser un hombre de circo. Cada vez que llegaba uno al pueblo quería escaparme con ellos, ser parte de ellos. Más tarde comencé a interesarme por los grandes maestros del Renacimiento. Comprendí que lo que me fascinaba de ellos era su libertad para crear.

Ya había cumplido doce años y decido huir de Paiján para buscar a mis hermanos mayores en Trujillo. Llegué a casa de Humberto, a quien llamábamos Pilón, y me quedé a vivir con él. Humberto había comenzado a ser un destacado futbolista en una liga trujillana. Mi padre, al enterarse de que me había fugado me manda llamar, pero mi hermana Teresa lo convence de que lo mejor era que me quede

con ellos y retome mis estudios en Trujillo. Humberto y Teresa me adoptaron como a un hijo esos años de mi adolescencia.

Trujillo

Vivía con Humberto en una quinta del barrio de Santa Rosa, muy cerca de donde nací. Recuerdo las casitas estilo barranquino, las anticucheras en las esquinas y los canasteros que llegaban a las cinco de la tarde vendiendo sus bizcochos chancay. Podría decir que los años que viví en Trujillo fui feliz; hice amigos rápidamente y hasta llegué a formar un equipo de fútbol. Cuando no había pelota de goma, jugábamos con una de trapo sobre la tierra muerta y salitrosa de la pampa del camal.

Concluí la primaria en el Centro Viejo, pero repetí el quinto año por indisciplinado y juguetón. La verdad es que nunca me tomé en serio el colegio. Casi siempre llegaba tarde a clase por distraerme haciendo trabajitos y, además, tuve la suerte de que nadie me controlaba. Los profesores me llamaban “Matalascallando”. Yo era un poco el payaso de la clase; me gustaba hacer reír a los demás. Cada vez que el profesor estaba escribiendo en la pizarra le caía un motazo, y cuando volteaba me encontraba quieto, pero luego me perdonaban porque era el ilustrador de las lecciones; dibujaba lo que me pedían: la vaca, las flores, el cuerpo humano. Y esto me daba cierto estatus frente a mis compañeros.

Uno de los motivos por los que fui un mal alumno era porque me costaba memorizar la lección. Yo tenía la memoria de la piel. Vivía con la cabeza llena de imágenes, olores, sensaciones. Cada momento tenía su olor, cada hora del día una luz que proyectaba en su sombra un universo de formas indefinidas. Mi vida era sensorial. Cada vez que siento el olor a tierra húmeda revivo los amaneceres en Paján, cuando después de la llovizna la tierra emanaba un vapor que me reconfortaba. Los años han conservado intactas esas sensaciones. Puedo evocar el contacto cálido con el cuerpo de mi madre, la transpiración de los cuerpos de las primeras mujeres con las que hice el amor. El sabor salado de la piel.

En Trujillo conocí a mi primer amor, era una chiquilla del barrio que se llamaba Amadita y tenía ojos verdes. Era linda. Yo me cachueleaba como ayudante en la bodega del chino frente a su casa. Recuerdo que venía temprano y me compraba té y azúcar y yo le tocaba la mano despacito. A veces me dejaba pasearla en bicicleta. Sentir la cercanía de su cuerpo era mi gran placer. Algunos años más tarde, siendo ya estudiante de Bellas Artes, vuelvo unos días a Trujillo para la fiesta de la primavera, y Amadita era la reina juvenil. Yo llegaba de la capital hecho un dandi, bien vestido, pero aun así ella era inalcanzable para mí. Yo seguía siendo un pobretón y ella la chica de familia acomodada.

Tenía once años y fui casi obligado a hacer la primera comunión, no por mis hermanos, sino por los profesores que me convencieron porque había desayuno con chocolate espeso y chancay. Nunca fui un niño devoto como muchos hijos de familia. En los colegios públicos la educación religiosa era menos severa que en los colegios privados y, además, mi padre —aunque se sacaba el sombrero cada vez que pasaba la procesión— nunca fue muy religioso. Mi mayor vínculo con la iglesia fue hacer alguna que otra vez de campanero y monaguillo en las misas de Paiján. No creo haber aprendido un padrenuestro más allá del primer párrafo. Y puedo decir que me siento privilegiado al no haber vivido la experiencia de ser educado por esos curas fanáticos que te decían que te iban a condenar para la eternidad si te portabas mal.

A los trece años abandono el colegio porque mis hermanos no podían seguir costear mi educación; decisión que acepté de buena gana. Prefería trabajar, porque el trabajo me daba independencia.

En la adolescencia comencé a tener amigos, a enamorarme, a socializar. Tenía la necesidad de caer bien, de seducir. Aprendí, desde muy chico, a ser lo que llamaban “acomedido”, a estar siempre dispuesto al otro. Si un amigo necesitaba un martillo yo se lo alcanzaba. No esperaba a que me lo pidieran. Me gustaba complacer a todo el mundo. Pienso que, inconscientemente, buscaba ser aceptado, hacerme visible, sentirme querido. Con los años fui cambiando. Comencé a sentirme más seguro. La mirada de los demás dejó de tener ese enorme peso para mí.

Viaje a Lima

A los dieciséis años ya tenía decidido ser artista como mi hermano mayor, a quien admiraba y conocía muy poco. Ángel vivía en Lima y era un pintor reconocido. Mi único temor era no llegar a tener su talento. Llegó un momento en que la vida en provincia comenzó a parecerme estrecha. Además, Trujillo era todavía una ciudad feudal y las diferencias sociales eran abismales. Teresa y Humberto lo entendieron y deciden mandarme a vivir a Lima con mi hermano artista. Uno de los dueños de la línea Perú Express, el señor Elmer Cáceda, por quien guardo profunda gratitud, me regaló el pasaje. Recuerdo ese viaje en la última fila del bus nocturno y el desasosiego que sentí al llegar a esa ciudad fría y brumosa. En la estación mi hermano me esperaba con una sonrisa cálida que me devolvió la confianza.

Recuerdo los primeros días que recorrí la ciudad junto a mi hermano; la impresión que me causó la vitalidad del Jirón de la Unión y la majestuosidad de la Plaza de Armas con sus balcones coloniales. Recuerdo las grandes avenidas transitadas por los ómnibus de Cocharcas y José Leal que dejaban a su paso un olor a petróleo que se impregnaba en la ropa. Lima ya dejaba de ser una ciudad pequeña y se insinuaban los primeros síntomas del caos de las décadas siguientes. El Perú de la primera mitad de los años cincuenta estuvo marcado por el golpe de Manuel A. Odría y los primeros pasos de la migración de miles de peruanos que huían de la pobreza. Yo me sentía un provinciano más que se perdía en el tumulto de la capital. Recuerdo que tomaba los famosos colectivos Victoria-Viterbo para ir a la casa de unos familiares que vivían en Barrios Altos, y en el recorrido podía ver el jirón Huatica, el barrio que comenzaba en la avenida Grau y que todos mencionaban sustrando. Y por eso mismo me atraía.

Todavía guardo las imágenes de ese domingo cuando visité Huatica con un amigo: los marineros haciendo cola en los cuartitos más apartados donde estaban las putas que cobraban menos, una mujer de pechos enormes que me llamaba mostrándome las piernas, luego la habitación en penumbra, los siete soles pagados por adelantado, una jarra con agua y el papel higiénico Rímac sobre la

mesita a un lado de la cama. Después la mujer de pechos enormes fumando mientras yo cabalgaba sobre ella. Y al final la sensación de vacío. Nunca más volví a Huatica. Y no volví porque además muy cerca de Bellas Artes, detrás del Palacio del Congreso, había un hotelito donde había prostitutas. Los chicos de Bellas Artes esperaban los viernes para salir corriendo a visitar a Vilma, una prostituta joven que los tenía encandilados. Uno de ellos estaba convencido de que Vilma lo amaba. Un buen día visité a Vilma y comprendí por qué los tenía locos. Era una chica joven que te conversaba y con una voz muy dulce y mirándote a los ojos te susurraba: “Ahora te voy a hacer el amor” y luego fingía una pasión terrible, así es que por un buen tiempo terminé formando parte del pelotón de visitantes que todos los viernes, saliendo de la escuela, nos encontrábamos en la cola para visitarla. A veces cotejábamos lo que nos decía a cada uno, y constatábamos que a todos nos murmuraba lo mismo. Pero nos gustaba pensar que al menos por unos instantes éramos especiales para ella. Hay mentiras que valen la pena.